

Los mártires de la Cristiada

Cuando la pólvora desaparece

Fernando M. González

Perteneciente al Instituto de Investigaciones Sociales de nuestra Universidad, Fernando M. González se ha dedicado a estudiar la historia de la Iglesia católica mexicana en el siglo xx, como lo demuestra su libro La iglesia del silencio. En este ensayo, el investigador desmenuza dos casos de participantes en el conflicto cristero que, por su condición de “mártires”, han sido beatificados.

No muevas esa lápida, soy rico sólo en huesos.

OCTAVIO PAZ

Averiguar es peor que saber a medias.

JUAN VILLORO

dos”, o como “desechos”, muertos por diferentes causas y en diferentes contextos.

INTRODUCCIÓN

A raíz de la visita del papa Francisco a México en febrero de 2016 voy a tratar de mostrar un aspecto de las sustanciales transformaciones contextuales que se han dado en el país respecto de las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado mexicano, tomando como hilo conductor los denominados mártires de la Cristiada. Beatificados y canonizados en una época en la cual la mayoría de los asesinados más contemporáneos ya no son convertidos en héroes arropados y constituidos por una narrativa religiosa, sino apenas cubiertos por una mínima capa discursiva que alude a ellos como “desapareci-

Estas causas pueden ir desde querer implantar el reino de justicia del socialismo en la denominada guerra sucia de los setenta, a muertos por el mercado de la droga o asesinados por el ejército en tanto miembros de la población civil o por los narcos, o ser migrantes que buscaban mejores horizontes en Estados Unidos, o...

Los asesinados han encontrado su punto de condensación en los desaparecidos de Ayotzinapa, espectros por lo pronto condenados a errar en una especie de vacío de cenizas, localizado en un basurero y un río y diseminado en otros lugares no localizables hasta ahora.



José Sánchez del Río

En este caso no sólo la pólvora sino también los cadáveres desaparecen.¹

En el caso de los que sí alcanzan no sólo representación sino posibilidades de exaltación, uno de los ejemplos privilegiados es aquel que está a cargo de la maquinaria católica constituida para producir santos. Esta producción tiene una ganancia secundaria, por así decir: la de compensar la zona oscura que chirría y vuelve impresentable una serie de prácticas de una parte de los miembros que reproducen a la institución. Ahora bien, la producción de santos implica en un buen número de casos una operación de *lifting* que permite transfigurar a los que han sido elegidos para ser admirados y venerados.

Respecto a este tipo de producción voy a poner el énfasis en los mártires de la Cristiada. Esta administración-producción realizada por la jerarquía eclesiástica mexicana está articulada a la política vaticana, y en el caso preciso que analizaré ha implicado una precisa operación de transfiguración de la violencia que no ha quedado exenta de ciertas dificultades para tornarla verosímil. Veamos por qué.

Si comparamos los casos del “martirio” del joven José Sánchez del Río a los 14 años, que se moría de ganas de “dar su vida por Cristo”, y el del jesuita Miguel Agustín Pro, que también aspiraba a ser mártir —y al cual el presidente Calles en un acto de “generosidad” inusitado se lo concedió fusilándolo sin previo juicio—, con aquel

¹ Con una larga cauda, por ejemplo: cinco jóvenes de Tierra Blanca, Veracruz, que según declaraciones de un policía fueron “quemados y posteriormente triturados en un molino de caña y los restos tirados en un río cercano”, *La Jornada*, 2 de marzo de 2016, p. 3. Y los mataron porque a los policías les parecieron “sospechosos” y estaban “fortachones” y, el colmo de la osadía, iban en un automóvil con placas foráneas. El horror en estado puro.

otro de Miguel Gómez Loza, lugarteniente del líder civil de Jalisco Anacleto González Flores, tendremos una muestra si no exhaustiva al menos significativa de diferentes posibilidades de transformación de la parte activa de la violencia, de los que pretendieron “matar por Cristo” —o que otros lo hicieran por ellos— en solamente “morir por él”. Los dos últimos ya son beatos; en cambio, el primero ya aseguró su canonización gracias a un decreto firmado por Francisco el 21 de enero de 2016, por lo que será venerado como santo.²

EL JOVEN MARTIRIZADO QUE ASPIRÓ A SER GUERRERO:
JOSÉ SÁNCHEZ DEL RÍO

*Una revolución sin muertos [es] la vida de Cristo sin Gólgota,
el thriller sin cadáver: la historia muy barata.*
RÉGIS DEBRAY, *Alabados sean nuestros señores*

Y la Cristiada por cierto resultó una guerra muy cara y no solamente en muertos. Como escribí en otra parte, el relato de la tortura de Sánchez del Río es francamente crístico, ya que se despliega describiendo el camino al “Gólgota” del panteón de Sahuayo, Michoacán, con las “plantas de los pies talladas con un cuchillo y después ‘cocido’ a puñaladas, mientras se le pedía renegar de su fe”.³

José Sánchez del Río, siguiendo el ejemplo de sus hermanos y sumergido en el clima de la exaltación del martirio y la defensa de su fe, se apersonó con un general de su región para darse de alta en el ejército cristero. Unos relatos dicen que no sabía manejar el rifle pero sí los caballos. El hecho es que el militar le propuso llevar la bandera y, según esto, cuando salvó a su general pres-trándole su caballo fue hecho prisionero y llevado a una iglesia convertida en establo.

En esta iglesia-establo localizó los gallos del diputado Rafael Picazo, vecino y amigo de la familia del futu-

² Partiendo del supuesto católico de que su Dios interviene discrecionalmente en la Tierra y se manifiesta, entre otras posibilidades, por medio de lo que denominan milagros, el citado santo “curó” a la niña Ximena Guadalupe Magallón, la que entre otras cosas había sufrido de “meningitis, tuberculosis, convulsiones epilépticas y un infarto cerebral”. La madre de la salvada relata: luego de que su hija fue desahuciada por los médicos y de que se tomó la decisión de desconectarla, los padres la encomendaron a la Virgen de Guadalupe y a “Joselito”, como cariñosamente lo denomina. Y “cada vez que pasaba la imagen de Joselito por el rostro de mi hija ella hacía algo” hasta que recuperó el cien por ciento de su cerebro. Karina Palacios, “El milagro que elevará a los altares al niño cristero”. *Milenio*, 7 de febrero de 2016, p. 34. La periodista hace morir al mártir en Cotija y no en Sahuayo. Pregunta ociosa: ¿que causó más efecto: los “pases” de Joselito o la invocación a la Guadalupeana? El hecho es que la niña “milagrosamente” salvada dijo que esperaba abrazar al papa el 16 de febrero y con tal fuerza que “le voy a sacar el aire”. Desconozco si logró su objetivo. Me refiero al de encontrarse con el papa.

³ Fernando M. González, *La iglesia del silencio: de mártires y pedreras*, Tusquets, México, 2009, pp. 146-148.

ro mártir antes de la guerra. Indignado al parecer por el uso tan poco sacro del templo, decidió contribuir a acelerar su martirio y mató a los gallos del citado diputado.⁴ La articulación que parece darse a veces entre la necesidad de que alguien asuma la función de verdugo y el deseo incontrollable de ser mártir no deja de producir inquietantes reflexiones.⁵

Este episodio se da en el contexto de una guerra, en el cual encontramos de un lado a un joven que se toma en serio y sin filtros de por medio las cosas que le enseñaron y, del otro, a un representante furibundo del anticlericalismo. La combinación de ambas posiciones dispara el guion mortífero que se desarrollará sin fallas.

A esta historia “ejemplar” de un aspirante al martirio que primero buscó matar y no sólo morir por Cristo Rey, un tal Marcial Maciel Degollado intentó apropiársela en parte.⁶ Veamos de qué manera.

Afirma el sacerdote legionario que le decía a Dios: “¿Por qué a él lo escogiste para mártir y a mí me has dejado? Yo tenía mucha envidia de este amigo”.⁷ Abundan este tipo de relatos de “¿por qué a mí no?” en esa época. El tipo de subjetividad colectiva que se dio fomentó un sentimiento de culpa y de exclusión por no haber tenido el privilegio de ser elegido por el Señor.

A esta anécdota macieliana habría que introducirle algunas precisiones contextuales, por ejemplo: en ese entonces, Marcial Maciel tenía siete años (pues nació el 10 de marzo de 1920) y su supuesto amigo catorce (había nacido el 18 de marzo de 1913); por otra parte, el futuro pederasta de exportación vivía en Cotija y su amigo en Sahuayo. En la “auto” hagiografía, que le hace Jesús Colina, Maciel añade que José “me invitó a que me fuera con él a la sierra a pelear junto a los cristeros, pero yo estaba muy pequeño”.⁸

Dada la probidad de la que hizo gala en vida el fundador de los legionarios, decidí entrevistar a la viuda de Miguel Sánchez del Río, hermano mayor del ahora santo, y quien salvó la vida a pesar de haberse enrolado también en el ejército cristero, para que me contara de la supuesta amistad de Maciel con Sánchez del Río. Su versión fue la siguiente:

⁴ Existen otras versiones, como la que consigna Teresa Zerón Medina en <http://bit.ly/ISmCY3t>.

⁵ Como también las suscitan aquel tipo de relaciones que muchas veces se anudan entre el abusador y el niño o púber abusado, y en las que, a pesar de experimentar la violencia manifiesta, aquellas continúan sin que el segundo pueda desprenderse del primero.

⁶ El padre Maciel, fundador de la Legión de Cristo, fue sobrino carnal del general en jefe de los Cristeros, Jesús Degollado Guízar, al cual le tocó el licenciamiento de las tropas cristeras.

⁷ Citado por Juan Ledesma, legionario de Cristo, en *L'Osservatore Romano*, número 47, del 25 de noviembre al 1 de diciembre del 2005, p. 11. Al parecer, producto de una conversación con Maciel el 10 de marzo de 1993, cumpleaños del prócer.

⁸ Marcial Maciel y Jesús Colina, *Mi vida es Cristo*, ediciones Planeta, Testimonios, Barcelona, 2003, p.20.

Mi marido jamás me comentó que Maciel fuera amigo de José Luis, ni conocido siquiera. Mire ese relato [de la invitación a tomar las armas]; yo lo escuché de labios del padre Enrique Amezcua, el cual llegó a comer a nuestra casa de Sahuayo, y ahí fue donde contó cómo quiso ir con José Luis, y que el general cristero lo vio muy chico y le dijo que no, porque ‘tú vas a servir a la Iglesia cuando se acaben los catorrazos, porque vas a ser llamado al sacerdocio’ [...] Por su parte, José Luis no tomó las armas, sólo llevó la bandera. Los dos amigos se llevaban aproximadamente dos años de diferencia.

Ahora, si el padre Maciel se carga con eso, es otra cosa. Y yo creo que si lo hace es porque el padre Amezcua es muy amigo de esa familia y pariente cercano de Federico Amezcua, esposo de [su hermana] Olivia Maciel, y el padre Maciel ha de haber escuchado el relato en casa de su hermana. No sé bien.⁹

¿Una historia más de suplantación operada por el fundador de la Legión? Más que probable. Lo interesante del caso, volviendo al joven santo, es que una vez que quedó frustrado su deseo de tomar las armas gracias a la acción del general cristero, el escenario quedó a modo para que se jugara de la manera más ortodoxa la escenificación de lo que sería un martirio ortodoxo sin tacha. Sólo una duda: ¿si no hubiera matado a los gallos del diputado —a falta de soldados enemigos—, el diputado le habría respetado la vida? No sabría decirlo.

EL MÁRTIR JESUITA MIGUEL AGUSTÍN PRO JUÁREZ Y SUS HERMANOS CRISTEROS

Esta vez tenemos un caso de “martirio” más complejo de dilucidar, porque es evidente que no es posible desprenderlo del contexto eclesial de la época y más concretamente del contexto jesuita.

A lo largo del conflicto armado los miembros de la Compañía de Jesús tomaron mínimo cinco posiciones, y me refiero sólo a los mexicanos, porque además hubo intervenciones de jesuitas de fuera, algunas de ellas muy determinantes. Estas últimas lo fueron con mandato del vaticano.¹⁰

⁹ Entrevista del autor a Marina Van Dick, 23 de octubre de 2004, Guadalajara, Jalisco. A este respecto el doctor José Barba Martín, ex legionario de Cristo, confirma que durante su estancia de 14 años en la Legión, Maciel jamás les habló de su supuesta relación con José Sánchez del Río y en cambio sí de su tío Jesús Degollado G. El hecho es que muchos años después sí lo hizo en los términos arriba presentados. Y aparecen sus dichos ya en el contexto de la operación de beatificación de los mártires cristeros.

¹⁰ Sobre este punto remito a la tesis presentada por Yves Solis para obtener la maestría en historia, intitulada *Las divisiones en el seno del Episcopado Mexicano durante el conflicto religioso de 1926-1929*, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2016.

De Miguel Agustín Pro se ha escrito mucho pero, con raras excepciones, más bien hagiografías que historias.¹¹ Hablando de las primeras, quisiera remitirme a una película realizada con fines apologéticos y para fomentar las vocaciones en la Compañía de Jesús,¹² que condensa la posición mayoritaria de la Compañía hasta la fecha.¹³ Un diálogo en esta permitirá ir directamente al corazón de parte de los dilemas que se le plantearon durante el conflicto armado tanto a los jesuitas como a otros sacerdotes y obispos mexicanos.

JOVEN MILITANTE DIRIGIÉNDOSE AL PERSONAJE DE PRO: Hemos logrado un buen aprovisionamiento de armas y parte para la lucha, pero no tenemos en qué transportarlas. Usted es buen amigo de los choferes y, con ayuda, en un momento les haríamos llegar cosas a los que están en la lucha.

MIGUEL: Siento mucho no poder hacerte ese favor.

JOVEN: ¿No está con nosotros?

MIGUEL: Sí, hijo, pero en otra trinchera.

JOVEN: Esas son meras palabras. Usted no quiere arriesgar nada, como otros muchos curas... Nosotros, en cambio, estamos jugándonos la vida...

MIGUEL: En parte tienes razón... pero también me estoy jugando la vida por la misma causa, sólo que tú estás reivindicando un derecho y yo estoy ejerciendo un derecho, viviendo el amor que queremos sea posible vivir... Si actuara en forma contraria, con qué cara podría servir a los hijos o a las esposas de los soldados que, como tus hijos y tu esposa, merecen vivir. En esta lucha escogí ser cura.

La construcción argumentativa y activa de esta “otra trinchera”, que en realidad no es unívoca, como se verá más adelante, va a recorrer toda la Cristiada. Y se podría plantear así: ¿cómo puedo al mismo tiempo simpatizar —y, algunas veces, más que simpatizar— con los alzados y mantener mi visión sacerdotal de servir a todos como si fuera neutral, pero aceptando que sirvo a la misma causa que el que me confronta? En el caso del personaje de Pro, él “vive el derecho” de reivindicar un amor universal mientras los laicos “reivindican el de-

¹¹ Remito de nueva cuenta al libro *La iglesia del silencio*, capítulo I, y a la tesis de Yves Solis, que completa el cuadro con notable acuciosidad, pues consultó el archivo secreto del Vaticano.

¹² La película se titula *El padre Pro* (2007). Fue dirigida por Miguel Rico con guion de Alberto Vargas S. J. Este último en una entrevista afirmó que buscaba con su guion “ver nuestra historia desde la verdad” y, además, que la película “transmitiera valores, en esta época en que se está perdiendo el sentido de la vida”. “El padre Pro en pantalla”, *Proceso*, número 1626, 30 de diciembre de 2007, p. 27. ¿Qué entenderá el jesuita por ver la historia desde la verdad? En cuanto a lo de transmitir valores es un argumento *prêt-à-porter*, listo para utilizarse en cualquier época y circunstancia por los que creen que poseen los valores.

¹³ El posible lector tendrá que hacerme confianza respecto de esta afirmación pero en caso de ser requerido tengo documentos para sostenerla.

recho” para su Iglesia de ejercer el control interno respecto del número de sacerdotes que se requieren y el que no se les tenga que registrar. Dos incisos del artículo 130 terminaron por llevar a la solución armada, cuando ambos campos en conflicto entraron en la zona de lo innegociable.

Esta dicotomía básica entre la reivindicación de los derechos de los laicos católicos y aquellos “diferentes” de sus obispos marcó todo el conflicto y al final sirvió de pretexto y coartada para negociar a los alzados sin su consentimiento.¹⁴ Uno de los que ejerció dicha dicotomía con creces fue el obispo jesuita Pascual Díaz. Además, como secretario del episcopado mexicano fue uno de los dos negociadores mandados por Roma de los llamados “arreglos” de 1929. Voy a citar parte de la respuesta del por entonces obispo de Tabasco a los reclamos que le hacía en 1928 el militante cristero René Capistrán Garza ante su cambio de posición respecto de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.¹⁵ Veamos la respuesta de monseñor Díaz:

Es cierto que la Liga solicitó al episcopado su opinión acerca de tres puntos que tú asientas: a) licitud del movimiento armado; b) programa del mismo; c) nombramiento de jefe en tu favor.

Y es cierto que el episcopado no puso reparo alguno, porque no tenía razón para hacerlo. *Los católicos se encuentran y se encuentran en la más perfecta libertad para defender en la forma que estimen conveniente sus derechos* [las cursivas son mías].

[...] La Liga confirma precisamente que el episcopado no puso reparo a los actos que ella proponía desarrollar en servicio de la libertad religiosa, pero se abstuvo de

¹⁴ Dicha dicotomía reciclada se puede situar en la larga duración en lo que se denominó “Reforma gregoriana”, que comienza en el siglo XII. A este respecto, Patrick Boucheron, en su magistral lección inaugural en el Collège de France el 17 de diciembre de 2015, dice: “Compréndase bien; eso que la historiografía tradicional denominaba la ‘Reforma gregoriana’ no es solamente un hecho de historia religiosa concerniente a la defensa de los bienes materiales y las prerrogativas espirituales de la Iglesia, sino una reformulación global de todos los poderes, un ordenamiento del mundo alrededor del *dominium* eclesiástico. El conjunto reposa sobre una nueva doctrina sacramental [...] Es la eficacia del sacramento (su puesta en juego por los clérigos, y su recepción por los laicos) que funda la pertenencia a la Ecclesia. [...] Esta institución supone un acto de separación: exclusión de los judíos, de los infieles y de los herejes —de todos aquellos que el discurso confunde en una misma reprobación porque ellos no dan fe de la validez de los sacramentos de la Iglesia, es decir, del estatuto de los sacerdotes. Y [se da una segunda separación, aquella] que hace de la separación entre clérigos y laicos no solamente una distinción funcional [...] sino una diferencia esencial, [...] dos formas de vida una terrestre y la otra celeste”: <http://www.lemonde.fr/idees/article/01/01/2016>.

¹⁵ Que se había fundado en los inicios de 1925, y durante la guerra, pretendió llevar el mando de la lucha. Pretendió porque otra organización que la había precedido, fundada en 1914, la sociedad reservada denominada la “U” o Unión de Católicos Mexicanos, era la que efectivamente tuvo el control más efectivo del movimiento armado. Hubo dobles pertenencias y obvios conflictos entre ambas organizaciones.

dar su aprobación a lo que pudiera arrastrarlo al campo de la política.¹⁶

El obispo de Tabasco se refiere a la reunión clave del 26 de noviembre de 1926, en la cual la Liga decidió pasar a la lucha armada. A esta reunión asistió junto con el arzobispo de Morelia, Leopoldo Ruiz y Flores —el otro obispo que participó en los arreglos—, y en ella dos jesuitas asesores de la organización también estuvieron presentes, los sacerdotes Alfredo Méndez Medina y Rafael Martínez del Campo.

Resulta sorprendente entonces decir que el episcopado no puso reparo alguno a la lucha armada porque “los católicos estaban en su derecho” y que tenían toda la libertad y añadir que se abstuvo de dar su aprobación a lo que pudiera “arrastrarlo al campo de la política”. ¿Qué sería eso que lo hubiera podido arrastrar cuando ya estaba dando su aprobación a la guerra simplemente por el hecho de no rechazarla?¹⁷ Se trató de una clara acción por omisión. ¿O era menos comprometedora la guerra que la “política”? La clave estaría en entender qué contenía la palabra política para el prelado.

Si los “católicos” los consultaron, me imagino que fue porque los reconocían como sus autoridades y en la jerárquica institución que los cobijaba consideraron que debían consultarlas, partiendo del supuesto de que también las creían católicas. Pero monseñor Díaz S. J. marca la diferencia de nueva cuenta entre los derechos de unos y de otros y produce una ficción, aquella de una “trinchera neutral” a esas alturas del conflicto con el gobierno. Como el personaje de Pro, pero esta vez en la realidad.

Creo que es el momento de citar a otro jesuita, el padre Julio Vértiz, para terminar de redondear parte del contexto en el que se vio envuelto Miguel A. Pro y evaluar mejor la trinchera en la que pretendió jugar. El padre Vértiz había sido enviado por su superior provincial, el padre Luis Vega —que estaba fuera de México—, a diferentes partes de la República para que hiciera un informe de cómo estaban acatando la orden que les había dado hacia el mes de julio de 1927 de no tomar parte “de ningún modo en la cuestión armada”. La orden era tajante y sin ambigüedades.

El padre Vértiz consideró en su informe al final del año que había dos extremos que había que tratar de evitar. Aquel de abandonar las obras religioso-políticas, pues era comprometer seriamente el resultado “cu-



Miguel Agustín Pro antes de ser fusilado

ya trascendencia está muy por encima de la Compañía de Jesús”, y esto porque consideraba que sólo los jesuitas eran los únicos capaces en ese momento “cuya opinión entre los católicos se estima en algo” y, además, podrían ayudar a neutralizar las desavenencias del amor propio y “mantener a los fieles subordinados a las normas del episcopado”, y esto dicho sin dejar de reconocer que este último era visto con “frialidad y merecida desconfianza por muchos por su falta de iniciativa, de virilidad e interés”.¹⁸ Nada más y nada menos. La crítica al episcopado y la exaltación del propio grupo no tienen parangón.

Y añadía que el otro escollo era que a los “nuestros” [jesuitas] les daba por injerirse “en cuestiones puramente político militares”,¹⁹ por cierto muy difícil de evitar pues admitía que “hay cuestiones mixtas en que lo religioso y lo político se mezclan íntimamente y no es posible deslindar la cuestión teórica de la personal y concreta”, dado que el terreno era especialmente “resbaladizo”.

¹⁶ Texto de mediados de 1928. Se encuentra en el archivo jesuita de Guadalajara, que le envió Miguel Palomar y Vizcarra al padre Rafael Ramírez Torres S. J. También es citado por la pionera de los estudios cristeros Alicia Olivera Sedano, en *Aspectos del conflicto religioso, 1926-1929*, INAH, México, 1966, p. 132.

¹⁷ No por escrito obviamente, aunque existe un acta juramentada del 13 de mayo de 1929, firmada por el padre Méndez Medina entre otros, que hablan de esa reunión de noviembre de 1926.

¹⁸ La carta me la proporcionó el padre Jesús Gómez Fregoso S. J. de su archivo personal, pero están copiadas del Archivo Jesuita de Guadalajara.

¹⁹ Imposible ofrecer en este espacio la serie de matices y despliegues que este material requiere. Remito de nueva cuenta al lector a *La iglesia del silencio*, capítulo 1.



Miguel Gómez Loza, su esposa y sus dos hijas

Digamos que el padre Vértiz le daba una vuelta de tuerca al planteamiento de su colega Pascual Díaz al problematizar la fácil dicotomía con la cual el obispo pretendió deslindar lo militar y lo político entrelazado con lo religioso, y deslindarse. Y apuntaba hacia una posible solución que vistas las cosas con cuidado no lo era. Veamos por qué:

Me parece que como la misma injerencia daña o puede dañar a los nuestros, [también] el no evitar las apariencias de injerirse en esos negocios. Si por ejemplo, en presencia de ellos o tal vez en su mismo domicilio se tiene una junta de carácter político o militar, todo el que sepa de dicha junta juzgará que la participación de los nuestros es la misma que la de los demás asistentes. En esto me parece que se han tenido notables faltas de prudencia o de malicia sobre todo en Guadalajara: porque *los nuestros han asistido a juntas donde se han decidido los más graves pasos*, porque en su presencia se reúnen varios jefes y, tal vez, en el mismo domicilio de uno de los nuestros (Ocampo),²⁰

²⁰ Quizá se refiere al padre Juan Ocampo S. J. (1888-1929), que se desempeñó como profesor en el colegio jesuita de Guadalajara.

quien ha tenido el archivo militar en su poder, porque ellos transmiten órdenes sin cuidarse de recalcar que son meros transmisores [las cursivas son mías].

Distinguir las apariencias de las injerencias a partir de lo que el jesuita escribe es ciertamente complicado. Por ejemplo: si asisten a las juntas en donde los jefes políticos o militares deciden los “más graves pasos” y opinan, ¿será injerencia? Pero si permanecen callados o en el cuarto de al lado ¿será sólo apariencia? Y si sólo presntan la casa pero se van, ¿injerencia o apariencia? O transmitir órdenes sin recalcar que sólo son “meros transmisores”, ¿injerencia o apariencia?

Volvamos al personaje de Pro en la película citada. Él se niega a “injerirse” hablando con los taxistas, porque pretende que está en otra trinchera distinta a la del militante. Digamos que puede decirse que se entera pero no coopera. Por recibir al militante puede caer en la apariencia de una injerencia. Pero al decirle que los dos están por la “misma causa”, ¿injerencia o apariencia?

Hasta aquí tenemos mínimo cinco posiciones jugadas por jesuitas: la del provincial; la de Pascual Díaz; la de los de Guadalajara; la del personaje de Pro y finalmente la del padre Vértiz, que a diferencia de Díaz y Pro intenta salvar la participación, al mismo tiempo que la neutralidad que sabe imposible. Y aquí no termina todo, porque todavía voy a añadir otra posición, de monseñor Díaz y la del beato de Zacatecas (Pro) jugando en vivo sus cartas. Por eso dije al principio de este apartado que en su caso las cosas son más complejas que con el joven mártir michoacano.

Primero, la posición de Pascual Díaz respecto de sus hermanos jesuitas jugando mínimo en tres escenarios. Vértiz continúa su carta al provincial hablando de Pascual Díaz, y dice que el obispo no veía con buenos ojos la participación:

De los nuestros tan preponderante en los asuntos de la L [Liga] (hasta qué punto tenga razón, no soy el que lo decida). Insiste en que no dijo nada en Roma acerca de estas actividades de los nuestros porque estando ya él mal mirado por muchos y teniendo los pp. [padres] apoyo en algunos obispos, le hubieran achacado a él la retirada de los pp. y hubieran hecho de su retirada causa de posteriores fracasos. El mismo Sr. Díaz me dijo que los obispos de San Antonio [parte del grupo de obispos en el exilio] se quejaban de que los padres habían predicado la guerra santa y presidido juntas. Conviene —añadió el Sr. Díaz— que el P. Provincial les deslinda los campos, pues pueden los pp. tener un dolor de cabeza, si algunos obispos se quejan en Roma.

En todo caso, hacía rato que el *dolor de cabeza* se había instalado. Pascual Díaz juega en cuatro frentes: 1)

como hijo de la Compañía de Jesús tratando de proteger las espaldas de sus congéneres; 2) simultáneamente, intentando protegerse a sí mismo para no ser colocado en la posición de traidor a la Compañía y a la Liga y por ende a los alzados; 3) asumiendo una posición como secretario del episcopado que ya no coincidía con la de sus protegidos a regañadientes, una vez que cayó en cuenta que no podrían contar los cristeros con el apoyo de los ricos católicos de Estados Unidos, como les había hecho creer René Capistrán Garza a los miembros de la Liga, y finalmente en ese momento de 1927-1928; y 4) esperando cuál iba a ser la posición que asumiría finalmente Roma, para actuar en consecuencia.

En esta parte de la cita de Vértiz se puede apreciar entre otras cosas que el faccionalismo episcopal estaba a todo vapor y que la situación de los jesuitas era hartamente delicada si seguían de manera tan franca injiriéndose francamente en la lucha armada o, “aparentando” hacerlo.

LAS TRINCHERAS DEL BEATO MIGUEL A. PRO

Teniendo parte del contexto episcopal y jesuita de la época, es más factible hacerse una idea de los dilemas posibles con los que se topó el padre Pro. Para ello citaré los pocos datos que logré recabar, pero que permiten aclarar relativamente el tipo de compromiso asumido.

Heriberto Navarrete —que perteneció al estado mayor del general Enrique Gorostieta, general en jefe de los cristeros hasta su muerte ocurrida el 2 de junio de 1929—, en los inicios de 1927, poco antes de irse a la montaña viajó a México y conoció a Miguel Pro. Relata que este le dijo lo siguiente refiriéndose a sus hermanos: “Qué bien se están portando los muchachos. Francamente, le digo que no esperé nunca del México que yo dejé cuando salí del país esa actitud tan decidida [...] yo conocía a mis hermanos y ahora los desconozco. Qué hombres, imagínese [...] que Humberto anduviera en la calles de la capital *traficando con parque y armas para los rebeldes*”.²¹

La admiración a los dos hermanos, Humberto y Roberto es franca, sobre todo al primero que compartiría el paredón con su admirador algunos pocos meses más tarde. Se puede deducir a partir de estas palabras ¿que estaba por la “misma causa” pero no desde la misma trinchera? O en otros términos: “qué bien que aprovisiones de parque a los que van a matar a los militares que van a dejar viudas a sus mujeres y los niños que yo consolaré más tarde, porque ‘estoy ejerciendo un derecho viviendo el amor que es posible vivir’ y no ‘reivindicándolo’ como tú, Humberto”, según sostiene el guionista de la

apologética película con la que pretende que veamos nuestra historia “desde la verdad”.

Segundo ejemplo. Este fue relatado en 1942 por el que fue vicepresidente de la Liga en plena contienda armada, Miguel Palomar y Vizcarra. Se trata de un dilema en el que se vio envuelto el señor Jorge Núñez, miembro de la citada Liga y de los Caballeros de Colón en los inicios de agosto de 1927, producto de un altercado en Portland, Oregon, con el jesuita estadounidense Wilfredo Parsons, porque, según la versión de Núñez, el sacerdote había mentido acerca del conflicto religioso en México.

Este choque se produjo en la sesión del 3 de agosto, al término de la cual el padre Parsons interpeló al ingeniero Núñez. Este le respondió con dureza, haciéndole ver que monseñor Díaz Barreto, con quien estaba de acuerdo el jesuita y cuyos testimonios invocaba, no era digno de crédito, pues estaba descalificado por traidor a la patria.²²

Se podrá apreciar que monseñor Díaz, cuando hablaba con su colega Julio Vértiz, respecto de cuidarse de aparecer como traidor no sólo a la Liga sino a la patria, no andaba tan errado. He aquí una muestra, en pleno 1927, de las divisiones que operaban dentro de la Compañía de Jesús, respecto de la lucha armada y más concretamente ante la Liga. Y esta vez, con la aportación de un jesuita estadounidense.

El ingeniero Núñez regresó de la reunión indignado y le escribió una carta a monseñor Valverde y Téllez, obispo de León que estaba en Roma y era uno de los tres que formaron una comisión en aquella ciudad para tener comunicación directa con la Santa Sede —comisión que por cierto el supuesto “traidor a la patria” logró disolver, y a partir de ahí él y monseñor Ruiz y Flores tomaron las riendas de la relación—. Le expresaba que el jesuita estadounidense sabía por monseñor Díaz que la “santa Sede no aprobaba la conducta seguida por la Liga”. Y añadía que el citado padre Parsons “era muy perjudicial a la causa” y remataba con la petición de que el papa lo supiera.

Pero no envió la carta inmediatamente, sino que decidió consultar la oportunidad de hacerlo. Un día que fue a visitar a su hermano Roberto se topó con el padre Pro,²³ y decidió pedirle consejo de si era conveniente enviar la carta. En el texto de Palomar hay dos versiones, la de este último y la del propio Núñez. Primero citaré la de Palomar. El jesuita escuchó el relato y dijo: “si no es más que eso, hínquese para darle la absolución y dejarlo tranquilo, y de penitencia va usted a enviar esa carta a monseñor Valverde y Téllez”.

²² Archivo jesuita de México, carta firmada por Miguel Palomar y Vizcarra, el 20 de mayo de 1942.

²³ Nótese, al pasar, al padre Pro en contacto con los miembros de la Liga.

²¹ Heriberto Navarrete, *Por Dios y por la Patria*, Jus, México, 1964, p. 140. El borrador de la primera versión fue escrito en 1945.

Vistas las cosas desde nuestro presente, la escena es todo un documento de época. El jesuita haciendo uso de una notable prepotencia²⁴ se da el lujo de enviar tres mensajes de diferentes características en un solo acto verdadero: 1) “hínquese” porque en realidad se está postorando ante Dios y yo soy en este momento su representante; acto de sumisión que contribuye al *habitus* sacerdotal, diría Pierre Bourdieu; 2) “Yo absuelvo y dejo tranquilas las conciencias”. Digamos que le rinde un homenaje al sacramento de la confesión que al decir de Michel Foucault se trata del “arte de decirlo todo para borrarlo todo”; y, por último, 3) utiliza la penitencia para hacer pasar un mensaje político, en donde por cierto un jesuita cuestiona a otro por interpósito penitente.

¿Qué hubiera dicho el padre Vértiz al respecto? ¿Que se le olvidó recalcar que era un “mero transmisor”? Se trata de nueva cuenta de ¿“injerencia o apariencia”?

Ahora citemos la versión del ingeniero Núñez: “El R. P. Miguel Agustín Pro no me impuso como penitencia el enviar la carta a monseñor Valverde y Téllez, sino que me especificó que enviar dicha carta no solamente no constituía una falta, sino que *era una necesidad absoluta*”.

¿Habría una diferencia sustancial entre ordenar enviar la carta y sugerir la “absoluta necesidad de hacerlo”, estando sujeto el penitente, al dispositivo en cual se manifiesta la prepotencia del sacerdote y la sumisión del que se confiesa? En la manera de articular la frase (“no sólo no es una falta sino que al contrario, hay que enviarla sin titubeos porque es...”), ¿no se trata acaso de otra manera de dar una orden a alguien que no está colocado en una situación de igualdad sino de franca sumisión? ¿Injerencia o apariencia en el acto de Miguel Pro?

Añádase a todo esto que Miguel Pro sabía de las actividades de su hermano Humberto y sin embargo utilizaba ocasionalmente su auto para sus ministerios. Y si le añadimos que el citado hermano a partir del mes de julio de 1927 fue nombrado por el comité de la Liga “jefe regional del Distrito Federal”, y luego resulta que supuestamente le vendió el auto al ingeniero Luis Segura Vilchis, que era el jefe del comité especial de la Liga, el cual enviaba también parque y armas como aquel y además era alguien con vocación de terrorista,²⁵ dispuesto a preparar atentados, nos podemos preguntar: ¿acaso Humberto Pro ignoraba la posición y el tipo de actividades de Segura Vilchis? Es muy poco probable.

²⁴ Que seguro que en aquellos tiempos no era percibido así por los que aceptaban hincarse. Estoy haciendo una extrapolación a una mirada actual menos sumisa por parte de muchos católicos.

²⁵ Dispuesto a volar el tren en donde viajaba el presidente electo Álvaro Obregón, acto que logró ser conjurado *in extremis* porque recibió el aviso que el general viajaba en un tren civil y no en el militar cuando preparó el atentado. Después en Chapultepec arrojó las bombas al carro de Obregón pretendiendo hacer daño no sólo a este. Este atentado fallido finalmente lo llevó al paredón junto con los hermanos Pro.

Y para colmo tuvo un lapsus, y dejó la licencia en la cajuela del coche, lo cual fue un elemento muy importante para que fuera detectado por la policía.

En el atentado ciertamente no participaron los hermanos Pro, y no sé si sabrían que este se preparaba, pero finalmente quedaron cruzados por la disyuntiva que planteó el padre Vértiz, o sea, la de una apariencia que se transformó en injerencia.

El 23 de noviembre de 1927 confluyeron en el paredón el miembro de la sociedad secreta de la U y de la Liga, Luis Segura Vilchis, el militante de la Liga Humberto Pro, el jesuita Miguel A. Pro y un militante del comité especial Juan Tirado. Ese día las apariencias y las injerencias terminaron mezclándose.

Conviene recordar una carta de Miguel Pro del 12 de octubre de 1926: “La revolución es un hecho; las represalias sobre todo en México, serán terribles; los primeros serán los que han metido la mano en la cuestión religiosa, y yo [...la] he metido hasta el codo. Ojalá me tocara la suerte de ser de los primeros”.²⁶

Si no de los primeros, de los segundos. La imagen de Pro enviado a la muerte sin previo juicio por el presidente Calles, con los brazos en cruz esperando inermes las balas, sirvió para cristalizar la imagen del mártir que sólo muere por Cristo, mientras otros matan también por él. Si la articulamos a la del joven Sánchez del Río camino al cementerio, tendremos dos iconos de un tipo de muerte que deja toda la carga de la violencia en una de las partes, la gubernamental.

Pero las cosas vuelven a complicarse aun más en la operación de transfiguración que implica desaparecer la pólvora y sólo dejar la sangre de los asesinados transformados en mártires.

“UN AGENTE DE PAZ” QUE FUSILA Y ES MÁRTIR:

MIGUEL GÓMEZ LOZA

De catedrales violadas y actos de desagravio

El caso de Miguel Gómez Loza va a mostrar a cielo abierto la imposible desaparición de la violencia activa de los que serán años más tarde elegidos para ser beatificados por los herederos de aquellos que negociaron a los alzados.

Una anécdota describe parte del temperamento bravío de este hombre nacido en Los Altos de Jalisco. Ocurrió el primero de mayo de 1921, fecha en la cual en varias ciudades se dio una serie de acciones por parte del sindicalismo oficial al que le dio por practicar una especie de “andinismo” catedralicio o, en términos del historiador Agustín Vaca, de tomar “las cumbres cate-

²⁶ Citada por Andrés Barquín y Ruiz, *Luis Segura Vilchis*, Jus, México, 1967, p. 197.

dralicias” quitando la bandera mexicana y colocando la bandera roja y negra.

En el caso de Guadalajara, el joven Miguel subió como rayo a la torre, arrancó la bandera y la hizo girones. Y a diferencia de Morelia, en donde hubo muertos,²⁷ en la capital de Jalisco no pasó de una reyerta con golpes y palos. Y Gómez Loza pudo recuperar la virginidad catedralicia gracias a su “viril” acción.

En cambio, en Morelia lo que terminó de encender los ánimos fue no sólo la pugna entre banderas, sino un acto considerado desacralizador que tocó un símbolo muy apreciado por los católicos: la imagen de la Virgen de Guadalupe en la sacristía de la Catedral, la cual fue rajada a cuchilladas en parte del lienzo aunque no directamente la imagen. Esto convocó a una manifestación de desagravio que fue la que culminó con una serie de cadáveres en ambos bandos.

La oración fúnebre del obispo auxiliar Luis María Martínez, de mayo de 1921, puso uno de los énfasis principales en el ataque a la imagen y lo comparó con el acto de la lucha por la primacía entre las banderas, estableciendo una jerarquía entre ambos acontecimientos. Veamos de qué manera: “El socialismo se suicidó pretendiendo destruir la religión y supo el mundo que para México, hay algo que vale más que su bandera, La Virgen de Guadalupe, que tocarla es tocar el alma nacional y que morir por ella es morir por Dios y por la Patria. / Benditos [nuestros hermanos...] que en un solo holocausto ofrecieron su sangre al Dios de los cielos y a la patria y a la Tierra”.

Al situar el obispo a la imagen de la Virgen por encima de la bandera nacional condensado a la vez a la patria y a Dios en ella, no sólo conjuntó ambas acepciones simbólicas sino que incluso el “por Dios...” lo colocó

²⁷ En un interesante artículo en prensa, intitulado “La Cristiada y los cristeros: algunas variaciones discursivas clericales”, el citado historiador recupera el caso “alpino” de Morelia, que a diferencia del de Guadalajara terminó en un baño de sangre. En la oración fúnebre a los caídos que predicó el 13 de mayo de 1921 en la Catedral de Morelia, el obispo Luis María Martínez —muy bien analizada por Vaca— muestra una clara hemiplejía narrativa, ya que termina por declarar oficiosamente como mártires a los que murieron en la refriega por la parte católica. Esta oración condensa preventivamente lo que iba a servir en buena medida de marco de referencia para todos aquellos dispuestos a matar y a morir por Cristo Rey pocos años después. Entre otras cosas dice lo siguiente: “salpicada de sangre de mártires está nuestra historia y nunca faltará entre nosotros el martirio, como nunca faltará la eucaristía. [...] La Iglesia vive de dos principios, de dos sangres: de la sangre de Cristo que se vierte místicamente en el altar, y de la sangre de los mártires que se derrama de manera cruenta sobre la tierra [...] Cuando en el mes que acaba de pasar obedeciendo a tenebrosa consigna los socialistas quisieron sustituir de nuestros templos la santa Bandera de la Patria por el exótico pabellón rojo y negro, emblema de odio y de sangre; en muchas ciudades de la República hubo sin duda viriles protestas [...] pero eso no fue nada ante la honda e inmensa conmoción que provocó en la Patria Mexicana el atentado contra la Virgen de Guadalupe; de todas partes se levantó un clamor de protesta”. Revista *David*, tomo II, agosto de 1954-julio de 1956, p. 353.



Cristeros con la bandera de la Virgen de Guadalupe

por encima de la patria de alguna manera. Esta consigna “por Dios y por la Patria” será muy apreciada por los Cristeros. Y si además en el momento del fusilamiento podían gritar “viva Cristo Rey”, cuya primacía pretendían por encima de las naciones, esto les aseguraba un paraíso en el que iban a gozar eternamente de la visión beatífica.

Paraíso quizá menos “erotizado” que el de los terroristas actuales, los cuales después de haber realizado una masacre pretenden encontrarse con un buen número de vírgenes.²⁸ En este caso lo que va por delante a la inversa de los que analizo es “matar por”. Esta especie de fruición gozosa que parece darse en ciertos militantes que

²⁸ Los terroristas que se inmolan y no se esperan a que los fusilen instauran una manera diferente de “matar y morir” por una causa que entremezcla lo religioso y lo político, no dando la cara para que el considerado como enemigo se entere. A su vez, el fenómeno de los anarquistas rusos del siglo XIX tan bien analizado por Albert Camus en *El hombre rebelde* no se puede homologar sin más con el de los terroristas actuales. Kamel Daoud, refiriéndose a los terroristas islámicos, escribe lo siguiente: “El islamista no ama la vida. Para él, se trata de una pérdida de tiempo antes de la eternidad, de una tentación. [...] El sexo es la más grande miseria en el mundo de Alá. A tal punto que ha dado lugar a ese porno-islamismo del cual los predicadores extraen un discurso para reclutar a sus ‘fieles’: descripción de un paraíso más próximo del burdel que de la recompensa para las gentes piadosas, fantasmas de vírgenes para los kamikazes, eliminación de las mujeres de los espacios públicos, puritanismo de las dictaduras, velo y burka. [...] Fabrica un kamikaze que sueña en confundir la muerte con el orgasmo”. “Cologne, lieu de fantasmés”, www.lemonde.fr/idees/article/2016/01/31/cologne-lieu-de-fantasmés.



Anacleto González Flores

dicen morir por una causa que implica la posibilidad de matar a otro es algo que puede parecer fácil de entender pero, en realidad, es muy difícil de analizar.

En cuanto al suicidio simbólico del socialismo que supuestamente constata el obispo de Morelia, hasta donde sabemos, tardó todavía un buen tiempo en caer en la cuenta de que su autoinmolación se hiciera efectiva.

El amargo trayecto de pasar de recuperar banderas a fusilar personas

A Miguel Gómez Loza —al cual Antonio Gómez Robledo describió como alguien de “escasa cultura y limitada inteligencia, pero de enorme terquedad y terrible arrojo [...]”. Hombre de decisiones extremas y radicalismo inflexible, verdadero fanático de la causa católica” —²⁹ le tocó poco después de la muerte de su mentor, el líder Anacleto González Flores, asumir en abril de 1927 el cargo de jefe civil del estado de Jalisco y gobernador civil provisional.

Este cargo rápidamente lo puso en una situación límite, ya que esta vez no se trataba de escalar la torre de la Catedral para eliminar una bandera y sustituirla

²⁹ Antonio Gómez Robledo, *El maestro*, Jus, México, 1947.

por otra, sino de fusilar a los enemigos. Y, a diferencia por ejemplo del padre Pro, no pudo delegar la posibilidad de matar a otros simplemente alabando a los que enviaban armas y parque, sin tener que pisar el campo de batalla.

El aguerrido cristero Lauro Rocha y su gente habían decidido fusilar a 29 soldados enemigos sin previo juicio. Enterados de ello, tanto Gómez Loza como su secretario Rafael Martínez Camarena se presentaron y buscaron implementar un consejo de guerra. Los jefes cristeros objetaron que no contaban con personal para ello. Y entonces, Gómez Loza sugirió que fueran ellos los que fungieran como jueces. O sea, jueces y partes. Después de acalorados debates, diez prisioneros lograron salir con vida. El biógrafo del ahora beatificado escribe que a los otros 19, cuando les fue notificada la sentencia, se les dieron todas “las facilidades para que se prepararan en lo espiritual a sufrirla”.³⁰

Esta “delicadeza espiritual” del gobernador cristero para con los futuros cadáveres diferidos de sus enemigos no les sirvió a estos para ser considerados mártires que murieron por ejemplo por Dios y por el gobierno. Su biógrafo trata a toda costa de salvar a su biografiado de toda sospecha de haber matado por Cristo por interpositos jueces y partes. Pero es lo suficientemente honesto como para escribir acerca del suceso del fusilamiento. Y entonces, Gómez Loza como mártir que muere inermemente por odio a la fe no queda del todo comprendido en la representación ortodoxa del martirio.

Luego el biógrafo intenta vanamente de salvarle de nueva cuenta la cara ortodoxa de mártir cuando especula si usaba o no pistola y si la utilizó cuando lo balearon y mataron. Pero de nueva cuenta tiene que reconocer que primero portó una 44 niquelada y a partir de noviembre de 1927 gracias a un regalo de un tal Francisco de Alba, una 45 negra y dos cargadores. Las crudas leyes de la guerra lo cruzaron inevitablemente como gobernador civil.³¹

En síntesis, la operación de beatificación, en el caso de la tercera generación, la de Anacleto González Flores

³⁰ Vicente Camberos Vizcaíno, *Más allá del estoicismo. Apuntes biográficos y monográficos*, Jus, México, 1953, p. 248.

³¹ La biografía de Camberos acerca de Gómez Loza contiene además un episodio acerca del inicio de la guerra en Jalisco en el que involucraba de una manera no conveniente a la versión oficial al predecesor del arzobispo Garibi y Rivera, Francisco Orozco y Jiménez. Lo cual le valió a Camberos el tener que corregir el texto. Lo interesante es que el citado prelado no había leído el libro que sin embargo decidió prologar, bajo el argumento de “no quiero dejarme llevar por influencia alguna. Quiero decir lo que a mí se me ocurra...” (Camberos, *op. cit.*, p. IX). El episodio que había que corregir, además, introduce a la ya citada organización secreta o reservada de la U, y al padre de tres jesuitas —Ignacio Martínez—, uno de los cuales, José de Jesús Martínez Aguirre fue dos veces provincial y estuvo en los inicios de la sociedad reservada fundada en la década de los treinta en Guadalajara denominada, coloquialmente, como los Tecos. El episodio aludido está descrito con más detalle en el libro *La iglesia del silencio*, pp. 123-131.

y Gómez Loza y sus demás compañeros, adolece como era de esperarse, dada la característica de la máquina de producción de santos, de una falta de probidad histórica por parte de los que fungen como intelectuales orgánicos de su Iglesia,³² ya que utilizó la misma fórmula que le sirvió a la Iglesia institucional para promover a la segunda generación, a saber:

Estos nuevos beatos defendieron pacíficamente este derecho [el de la libertad religiosa], aun con su propia sangre. Ellos, lejos de avivar los enfrentamientos sangrientos, buscaron la vía pacífica y conciliadora que les reconociera éste y otros derechos fundamentales [...] Anacleto y sus compañeros mártires buscaron ser, en la medida de sus posibilidades, agentes de perdón y factores de unidad, en una época en que el pueblo se encontraba dividido.³³

Decir que fueron agentes de perdón en el seno de un pueblo dividido, obviando que fueron parte de la división, es realizar una operación de maquillaje poco elegante, por decir lo menos. Incluso en el caso de la segunda generación de beatificados, el solo hecho de servir a una jerarquía eclesiástica que apoyó el levantamiento, con las restricciones señaladas, ya los colocaba en una posición en la que no podían reclamar una neutralidad total. Qué decir del padre Pro y la mayoría de los jesuitas.

En fin, los historiadores eclesiásticos, como los jueces y partes de los fusilados de Gómez Loza, pretenden jugar a ser al mismo tiempo investigadores y encubridores.³⁴ Definitivamente una parte de los funcionarios de esta institución no sólo se mueve por la voluntad de no querer saber en el caso de la sexualidad ejercida por su personal —y no sólo me refiero a los casos de pederastia—, sino de maquillar la realidad cuando se trata de producir santos.

Pero como sabemos, este tipo de narraciones acerca del martirio son de larga data —alrededor del año 150 d. C.— y la mayoría descansa sobre lo que Averil Cameron denomina una “retórica de la paradoja”.³⁵ O sea, que se construyen a partir de una serie de “oposiciones imposibles: un Dios que se hace hombre, la virginidad de la madre de Cristo [...] o que la vida se gana con la muerte”.³⁶

³² La primera promoción fue la del padre Pro en solitario, la segunda la de 20 sacerdotes y 3 laicos.

³³ *L'Osservatore Romano* (edición semanal en lengua española), número 47, del 25 de noviembre al 1 de diciembre de 2005, p. 7.

³⁴ Como dice la feliz fórmula introducida en la novela inédita de Diego Petersen, titulada provisoriamente *Casquillos negros* (en prensa).

³⁵ Averil Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire. The Development of Christian Discourse*, University of California Press, Berkeley/Los Angeles/Londres, 1991.

³⁶ *Idem*. Ambas citas las tomo de Norma Durán, que las consigna en su texto “La retórica del martirio y la formación del yo sufriente en la vida de San Felipe de Jesús”, *Historia y Grafía*, número 26, julio de 2006, pp. 77-107.

Y esta paradoja de alcanzar la verdadera vida ofreciendo su muerte, como señala Carole Straw, sería el “gran garante vencedor. Las enseñanzas de los cristianos debían ser ciertas ya que nadie moriría por una doctrina falsa, ni voluntariamente ofrecería su vidas sin un propósito verdadero”.³⁷

Y en esta manera de encarar la vida por parte de los católicos —o por una parte de estos—, conviene citar al jesuita Carlo Maria Martini cuando, en su diálogo con Umberto Eco, le especifica lo central de la noción de la vida para estos: “El valor de la vida humana física en la concepción cristiana es la vida de una persona llamada a participar de la vida de Dios mismo. [Por eso...] la vida [que] tiene un valor supremo para los evangelios no es la vida ni siquiera la psíquica. [...] Para el Nuevo Testamento no es la vida física la que cuenta, sino la vida que Dios comunica”.³⁸

Desde esta perspectiva —explica Martini—, se entiende que no se trataría de conservar la vida a cualquier precio (Juan 12, 25).

EPÍLOGO

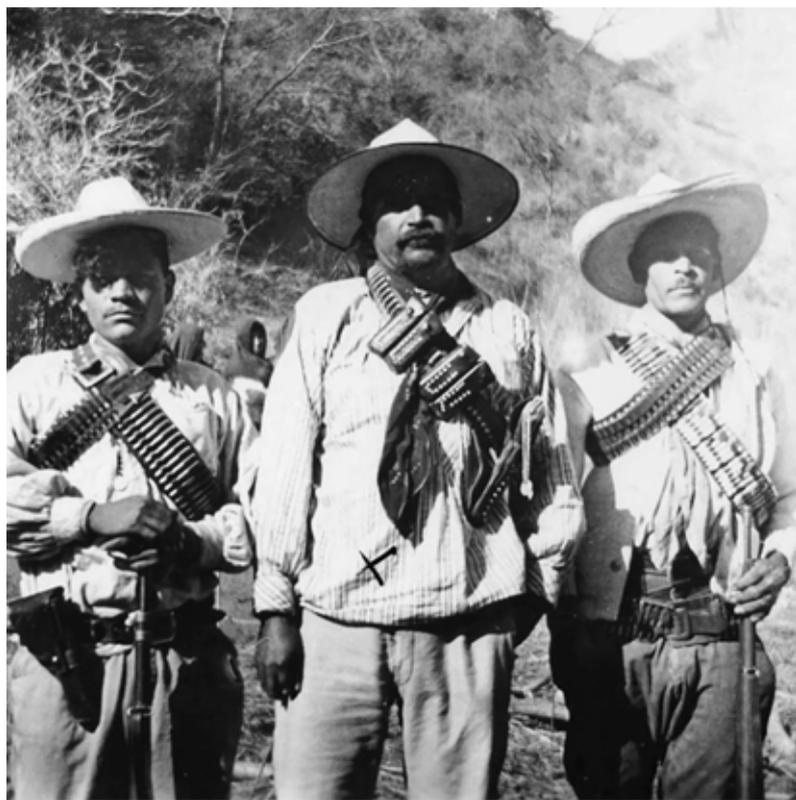
Pero lo que me parece que ahora habría que preguntarse es el por qué se continúa fomentando este tipo de operaciones ejemplares en México, aludiendo a su específica retórica de exaltación y persecución, precisamente en los tiempos en que ya nadie los persigue y en donde, incluso, la esposa del presidente que pertenece a la genealogía de los antes “perseguidores” de la Iglesia —o sea, el PRI—,³⁹ le hace con sus amigos un disco de homenaje al papa Francisco —para celebrar su visita a México en febrero de 2016—, titulado *México se pinta de Luz*⁴⁰ y lo recibe junto a su marido en el hangar presidencial, con un espectáculo tipo Televisa. Tiempos en los cuales se acoge al Papa en Palacio Nacional en su doble estatuto de jefe del Estado Vati-

³⁷ Carole Straw, “Setting Scores. Eschatology in the Church of the Martyrs” en Carolyne Walker Bynum y Paul Freedman (editores), *Last Things: Death and the Apocalypse in the Middle Ages*, University of Pennsylvania Press, p. 28.

³⁸ Umberto Eco y Carlo Maria Martini, *¿En qué creen los que no creen?*, Taurus, Madrid, 2014, pp. 60 y 63.

³⁹ Y antes el PNR, fundado precisamente por el presidente Calles, que contribuyó con su parte, desde el gobierno, a desatar el conflicto con la Iglesia católica. La otra parte correspondió al episcopado.

⁴⁰ O sea, que se podría leer que el papa vendría de alguna manera a traer algo de luz a las tinieblas del país que preside su marido. Este tipo de complacencia me parece que se puede homologar con lo que recientemente sucedió en Italia, cuando el gobierno de ese país recibió al premier iraní y le cubrieron las estatuas desnudas para evitar —como dijo Massimo Gramellini— que sufriera “una revolución hormonal y rompiera los contratos. [Complacencia que] trata al huésped como si fuera el dueño”. Citado por Pablo Ordáz, “Roma cubre sus estatuas desnudas para no perturbar a la delegación iraní”, *El País*, 27 de enero de 2016.



Primeros cristeros

cano y jefe de su Iglesia.⁴¹ Tiempos en los cuales el presidente Peña asume sin problema un triple papel: el de jefe de Estado, el de creyente guadalupano⁴² y el de “simple fiel” que comulga junto a su mujer en la Basílica. Tiempos en los cuales gobernadores besan el anillo papal, y la directora de la PGR le pide una bendición para una medalla. En síntesis, tiempos en los cuales las formas elementales de la laicidad que se había manejado aunque fuera formalmente dejaron de ser pertinentes. Y terminando de transformar el régimen de visibilidad vigente de manera sustancial y transgrediendo las normas jurídicas.⁴³

⁴¹ Cuando en realidad se mueve entre cuatro posiciones, las dos ya citadas más aquellas de mediador geopolítico y líder moral de la humanidad para un buen número. Posiciones que se pueden desdoblar en el caso del liderazgo moral articulado al de jefe de Iglesia en las de “misionero de misericordia”, superyó —cuando por ejemplo “regaña” a sus ministros de manera genérica— y dispensador de “carifoterapia”, como lo dijo en el hospital infantil que visitó actuando la “pastoral de la imagen”. Lo cual se comprenderá torna más que compleja a la institución papal otorgándole una singularidad que no posee ningún estadista en el mundo occidental y al que la ocupa temporalmente una serie de privilegios insospechados.

⁴² Que engloba en su devoción a todos los mexicanos, y homogeneiza a todos los católicos como si no fueran plurales entre ellos, borrando además, mínimo, a 20 millones que no se reclaman de esta devoción.

⁴³ Este punto implicaría para ser tratado con propiedad mínimo otro artículo ya que abarca tanto la transformación de las leyes, así como del régimen de visibilidad del cual se han transformado y reconfigurado las variables de lo íntimo, lo privado y lo público, sobre todo con la televisión. Esta última visita creo que culminó un largo proceso, al mismo tiempo que dejó abiertas una serie de cuestiones a reconsiderar respecto a la laicidad en México.

Época también en la que el cardenal primado de México, Norberto Rivera, protector de Marcial Maciel y del sacerdote Nicolás Aguilar,⁴⁴ se dio el lujo de anular la boda de la promotora del disco para que se pudiera casar con el entonces gobernador del Estado de México y hoy presidente de la República Enrique Peña Nieto.⁴⁵ Época en la cual tanto Televisa, como las cúpulas eclesásticas y políticas muestran a cielo abierto que la reanudación de las relaciones entre la Iglesia católica y el régimen —en 1992— no fue en vano y ha dado frutos dignos de mención. Uno de los frutos maduros se podría titular: “cuando la boda se difumina” que se puede articular al de la pólvora que desaparece.

La cercanía de la pareja presidencial con el papa Francisco mostró que los citados documentos que mostraron a cielo abierto los usos políticos de la religión y que transformaron un asunto que debería haber sido privado en un asunto de Estado no hicieron mella en el ánimo de Francisco.

En fin, existe un abismo entre la retórica de la persecución y el México de hoy. Abismo en el cual se ha transitado de una relación ríspida persecutoria e incluso sangrienta entre el Estado y la Iglesia, en la que por mucho tiempo persistió una laicidad anticlerical a una que pretendía ser arreligiosa, pero que por lo pronto se tornó en claro privilegio para una de las creencias, la aún mayoritaria, aunque insisto no homogénea adscripción católica. Porque el catolicismo se pronuncia en plural.

Dejo para otra ocasión analizar el otro panteón de los mártires, el administrado por una serie de laicos a lo largo del tiempo que muchas veces no coincide con el de los ministros de su Iglesia. Por ejemplo, el caso de José de León Toral —el amigo de Humberto Pro—, cuyos certeros disparos de pistola al cuerpo del presidente electo Álvaro Obregón nos dieron al PRI —según dijo José Emilio Pacheco—. En este caso, la flagrancia del acto asesino no ha dado todavía para transfigurar su violencia por parte de la Iglesia oficial, aunque sí para una parte de la familia de Toral y amigos que pueden lidiar con la representación del “asesino-mártir”. Esta cuestión por cierto Toral se la planteó mientras esperaba su fusilamiento. O, también, el caso del asesino y terrorista fallido Luis Segura Vilchis. Dudas existenciales con jiribilla. ¿Por qué Miguel Pro sí alcanzó la beatificación y su hermano Humberto, no? **U**

⁴⁴ A este último lo envié sin aclarar de quién se trataba a la diócesis de Los Ángeles. Quizá como le llaman los obispos a este tipo de acciones, se trataba de una “cura geográfica”.

⁴⁵ Ver en Aristegui Noticias, del 6 de febrero de 2016, el documental mostrando los documentos probatorios al respecto. Así como el semanario Proceso, número 2049, del 7 de febrero de 2016. Ver entre otros documentos contundentes, la carta enviada al Vaticano por el antiguo rector de la Universidad Iberoamericana el P. Enrique González Torres advirtiendo de los peligros para la institución eclesástica de este acto de la Arquidiócesis de México en caso de que se hiciera público. Y se hizo.